

## San Feliu de antaño

# El Reloj de la Ex-Villa

Dijo un filósofo ginebrino que el hombre es un reloj que tiene cuerda para unos setenta años, aunque relojes de esta clase los haya de más o menos duración, lo que depende algunas veces de la categoría de la fábrica de donde salen y otras del trato que les dan las manos en que caen. Unos adelantan hasta que se pierden de vista, otros atrasan que es un dolor. Estos últimos por lo regular suelen tener malísima vejez si una mano inteligente y hábil no le da a tiempo un coscorrón al registro. Un reloj de fábrica acreditada puede garantizarse por un año; el más seguro de los hombres, en cambio, ni por un día. El hombre tiene la esfera en la cara y el minuterero en la nariz, y por la cara venimos en conocimiento de la hora que registra aquella máquina inteligente. El hombre honrado la tiene en el corazón, el hombre de talento la lleva en la cabeza, y el sensual en el estómago. Solo el tonto no tiene máquina; es un reloj de sol.

La mujer es en ciertas ocasiones un reloj de lujo, que suele tener despertador, y a veces música, pero casi nunca varía de sonata. En cambio, eso sí, hay mujeres sin las cuales las horas de la vida serían pesadas e inútiles.

\* \* \*

Al reloj de la ciudad de San Feliu de Guixols le ampara una vida. Una vida, en toda la acepción de la palabra, de santa y generosa parsimonia, de abnegada ciudadanía y tan regular y discreta y llena del deseo de imbuir sus normas de disciplina y de cordura, que bien merece le dediquemos una loa. El sonido de su bronce al que cobija un techo de cielo y que sabe de las épocas de auge como de las sombras de los tiempos destemplados y revueltos y aún de aquellos en que escaseaban los cronómetros de bolsillo, viene a ser una evocación de todas las fisonomías, todos los estados de ánimo, lo mismo que de las ilusiones y las angustias que por el milagro de su ancha campanada concentró en la atalaya de su torre. El fué y viene siendo el cantar del

concierto grande y majestuoso de las horas, así en los días luminosos o en las noches tibias del estío, como cuando la lluvia resuena en los tejados y es barrida hacia otros sitios profundos e impenetrables por el furioso huracán.

En el año 1.847 era trasladado a la Casa Consistorial el vetusto reloj de la Iglesia parroquial del ex-Convento. Trataríase sin duda de una de tantas máquinas ennegrecidas por el tiempo, con las articulaciones tullidas y oxidadas. Tal vez alguna de sus complicadas piezas había rodado por el suelo o debía declararse inservible, pero es lo cierto que lo más esencial, lo más necesario no se había evaporado, y el viejo reloj excedióse en los límites de su existencia resistiendo los embates del tiempo durante treinta y cinco años más. Finalmente, en 1.883, era declarado inútil, pues que en 13 de Marzo del mismo año hacíanse las pruebas del que había de sucederle y que vino a instalarse en la Casa de la Villa con la siguiente ejecutoria: «*Reloj horizontal, con ruedas de movimiento y sonería de cobre pulido y los piñones llenos de cobre, también pulido. Machine d'Égalité o a fuerza constante . . .*» — Fué su instalador el joven relojero de Palafrugell D. Juan Ferrer, y el Consistorio felicitóse de tal adquisición.

El cuidado del antiguo reloj habíase confiado desde 1.847 a D. Pedro Viader que fué jubilado por el Ayuntamiento debido a los achaques de su avanzada edad, designándose en 1.883 a D. Esteban Garreta, relojero y profesor de música, para que se hiciera cargo de la conservación del flamante reloj público que se había instalado en la atalaya de la Casa Consistorial.

Tiempos aquellos a que me refiero del imperio de la palmatoria y del petróleo, en los cuales el *sereno*, el vigilante nocturno, se debía al lúgubre sonido del bronce de la noche en su canto grande y majestuoso de las horas . . . *A . . . labado sea Dios. La una, . . . sereno.*

J. Soler. Cazeaux.